

CHURCHILL

M

MIENTRAS escribo estas líneas se está apagando la vida de sir Winston Churchill. Es inimaginable pensar que su aliento en esta tierra pueda volver a cobrar vigor. Lo que ocurre es que la agonía de una naturaleza como la suya es lenta y dramática. La muerte no logra asestar su golpe de una vez. El mismo Churchill había sufrido ya diversos ataques cerebrales como el que ahora le tiene al umbral de la muerte. ¿Por cuánto tiempo? La llamarada que fue, se extingue en un rescoldo que barbotea y crepita aún, no resuelto a apagarse. Entre tanto, el mundo entero sigue con ansiedad la terrible crisis. Es la lucha de un titán contra la extinción. Está hundido en un sopor terrible, sin sufrimiento y sin esperanza. Con él se está apagando el postrer mito histórico, el último ejemplar humanizador y característico de una época o, por mejor decirlo, de todas las épocas. Nos parece ahora que quien está muriendo no es una persona, un ser individualizado y peculiar. Lo que muere es todo un concepto del hombre histórico.

La propia biografía de Churchill resultaría breve; los sucesos en los que se comprometió desde su juventud, sus andanzas en el Caribe y en el Africa del Sur, sus días del Almirantazgo y aun sus poderosos días de conductor de su pueblo y de Occidente durante la gran contienda, tendrían un valor relativo si sólo se tratara de enumerar los datos de una existencia que hizo del riesgo y del valor una premisa vital. Todos los grandes guerreros han tenido un "curriculum" parecido. Pero lo que a nosotros nos debe impresionar de esta hora es que sir Wiston Churchill tal vez sea el último de los prototipos, la estatua postrera de ese ejemplar de adalides. Y ello por encima de las fuerzas que tuvo en contra, y principalmente del cabo Adolfo Hitler, en cuyo contraste gana Churchill su inmensa apostura humana, militar y política.

Aquí no van a entrar en juego los incidentes de la vida y la lucha de las dos figuras; y mucho menos los de la suerte aleatoria que ellos llevaron en su partida. Quizá alguien pueda decir que, en caso de que fuera la Alemania nazi la que hubiera ganado la guerra, el modo de enjuiciar a cada una de las dos figuras fuera distinto. Pero no creemos que ello sea así. La configuración psíquica y moral de sir Winston Churchill es independiente del resultado de la batalla. Tal vez, en este caso, la consideración del mito Hitler hubiera desbordado todas las especulaciones de la propaganda y hubiera venido a ser la que se tiene a un Alejandro impetuoso e ilimitado, o a un Napoleón con carros de combate, siempre extra-humano y excesivo. La planta, en cambio, de Churchill, la impresión profunda que nos produce su contextura, no se sale nunca de los cánones y de los límites de su propia humanidad. He aquí la grandeza de Churchill en la Historia: es la grandeza de un ser humano.

En todo caso, la consideración de la figura de Churchill no hubiera cambiado con el resultado, porque cuando tomó en sus manos la responsabilidad del poder, Inglaterra ya había perdido la guerra. Hitler enviaba propuestas de paz y se abstenía de un ataque inmediato a las Islas, seguro como se hallaba de que éstas iban a rendirse. Churchill toma entonces el poder. Su llamada al país es patética. "Yo no os puedo ofrecer más que sangre, sudor y lágrimas". Estas palabras suenan como un dramático rebato en el bronce poderoso de la conciencia occidental. Y en efecto, Londres soporta con fiera entereza —la misma que su conductor— el asedio, las llamas de los incendios, el estampido de los obuses, la sangre, el sudor y las lágrimas. La conciencia de Churchill fue la de todo su pueblo, que se sentía interpretado y conducido por un intransigente y aguerrido varón.

Es en estos instantes preliminares de la guerra, es en la Inglaterra del año cuarenta y uno y cuarenta y dos, donde creemos que Churchill cobra la magnitud de su apostura. No se trataba de trazar los planes de un mundo futuro. La estrategia de aquel momento era elemental; se trataba únicamente de sobrevivir. Hitler hablaba de una nueva civilización que debía durar, unas veces, los próximos mil años y, otras, los próximos diez mil. Churchill era más modesto: pretendía que la civilización viviera al día siguiente

o, a lo sumo, la próxima semana. Hitler se enseñoreaba de Europa y dictaba sus normas; Churchill se limitaba a apagar los incendios, a ordenar los escombros. Hitler publicaba unos mapas en que las estructuras agronómicas y geopolíticas del mundo estuvieran repartidas de acuerdo con un nuevo concepto útil al III Reich; Churchill defendía su campanario. El mundo actual ha nacido de la tenacidad con que Churchill arremetió la defensa acérrima de un conjunto de cosas muy pequeñas. El no se proyectaba hacia los grandes planes que hoy el mundo tiene sobre la mesa. En aquellos días no se planteaba ningún problema, ni el de la indiscriminación racial, ni el de los pueblos coloniales y oprimidos, ni el de la convivencia pacífica. El cuadro de sus reivindicaciones era el más modesto de todos los cuadros, el primero de todos en la Historia de la Humanidad. Defender los cuatro palmos en los que se asentaba lo que él entendía por civilización: la torre del campanario, el pan de las familias, la supervivencia del hogar. Esa gran guerra la ganó Churchill con una bandera aparentemente muy pequeña, pero que tiene una fuerza descomunal. Después vinieron las alianzas, los bloques; pero esos bloques y esas alianzas se constituían para salvar y defender lo mismo: el hombre y su libertad.

El genio de la resistencia y del aguante había de desdoblarse muy pronto el abanico entero de sus poderosas dotes. Del fondo de sus cinco siglos de ductilidad genealógica asomaron de un golpe energía y astucia, elocuencia, salud, inteligencia diplomática, todos los factores de una vitalidad descomunal, que en ciertos patricios ingleses es como una construcción íntima, con siglos de afronte a las lluvias, al granizo, a los terremotos y a las heladas. Desbordó a la luz un temperamento que tenía el arranque y el vigor de un león, la agilidad de un galgo, la sensibilidad y la arrogancia de un leopardo, la facultad de dañar de una serpiente. Ese hombre civil, que muy raras veces vistió la guerrera, pasó de un cabo a otro del mundo con un cigarro en la mano, y en la otra los dos dedos al aire, en una improvisada grafía de la victoria. Cambiaba sus sombreros según el aire del lugar en que se hallara; llevaba el salakof o el sombrero tejano, el turbante o el fez según le conviniera. Cambiaba el sombrero pero no la cabeza, que era ilustre, fresca, rápida y clara. Condujo la guerra con el aparato militar y el aparato psicológico, no desperdició ni uno solo de los instrumentos que podían llevarle a la victoria. El cabo Hitler se iba hinchando en sus informes, en sus condecoraciones, en sus Estados Mayores. Churchill infiltró a los actos de la guerra un aire entre deportivo e irónico para que se viera a las claras que detestaba en el fondo el oficio en que las circunstancias le habían metido. No dejó un instante su cigarro humeante y social, de hombre temperamental y joven, como si en lugar de la mayor batalla de la Historia estuviera dirigiendo un negocio. Entre un mundo que iba a marcar el paso de la oca en los próximos diez mil años y ese otro del chaleco a cuadros o el dije en el pantalón, entre la figura agría, soberbia, pragmática y cerebral de Hitler y la oranda, ocurren, incisiva y flexible del premier inglés, el mundo occidental no titubeó un instante. Esa "woe" de sus dedos en lo alto fue el emblema del tiempo, la esperanza de la paz.

La sombra es difícil para esos grandes hombres. Era difícil a ese genio de aquellas horas resignarse, a la salida de la guerra, en los despachos de la paz. Tras la victoria no le quedaba otra perspectiva que trazar unas líneas previsibles de un porvenir, para el mundo que él había amado y amaba, y por el que había luchado. Pero poca cosa podía hacer ya a su tono, que no empalideciera su gloria. Escribió sus Memorias, que son un documento magistral, y pronunció en favor de Europa uno de los más finos discursos, un testamento impresionante. La unidad de Europa, en su complejidad histórica y económica, ha sido su última gran palabra. Después de esto, alejado de las tareas directivas del Gobierno, en el resol amable de la Costa Azul, ha ido envejeciendo lentamente.

Si; es difícil la muerte para este último león de la Historia. Las grandes figuras de la Humanidad difícilmente se rinden a la muerte. Aun Goethe, pasados los ochenta años, sentado en su mecedora, pedía en el momento supremo más luz. Y Tolstoi, en una estación secundaria, huía de Iasnaia Poliana, de un mundo que le parecía todavía artificioso y mendaz. Morían en una lucha denodada contra sí mismos, angustiados de su propio destino. Sir Wiston Churchill se dispone ahora a dormir sus sueños y su verdad definitiva, lejos ya de la sangre, el sudor y las lágrimas.